



Vista antigua de la casa que habitó Morelos en Cuautla

LA INDEPENDENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

LA INICIACIÓN. HIDALGO. MORELOS

LOS ANTECEDENTES; EL CURA DE DOLORES; INSURRECCIÓN GENERAL; LOS TRIUNFOS.
CALLEJA; LA GUERRA Á MUERTE; REPRESIÓN Y RECONQUISTA. MORELOS; LA GUERRA EN EL SUR;
ORGANIZACIÓN LEGAL DE LA INSURRECCIÓN. VIRREINATO DE CALLEJA

ITURRIGARAY, al estallar en España la lucha contra la intervención francesa, había proclamado, en cierto modo, la independencia provisional de México. «Concentrados en nosotros mismos, decía, sólo obedeceremos al rey y desobedeceremos á las Juntas que el rey no hubiese creado (lo que era imposible dada la situación de Fernando), y en este solo caso las obedeceremos en los términos que marquen las leyes.» Los españoles lo derrocaron, ya lo vimos, y pusieron á la Nueva España bajo la dependencia de la Junta Central. Los mexicanos no perdonaron esto; entendían, casi unánimemente, que dependían del rey de España, no del pueblo español, entidad nueva, legalmente extraña á la Conquista y al gobierno de la Colonia. Esperaron, conspiraron; se sentían (hablo del grupo superior por su educación y su posición social) llegados á la mayor edad; de la conciencia de que eran ya un pueblo for-

TOMO I. — PARTE SEGUNDA

Historia política

D. Miguel Hidalgo y Costilla



TOMO I. — PARTE SEGUNDA

LA HISTORIA POLÍTICA DE

D. Miguel Hidalgo y Costilla

LA INICIACIÓN DEL MOVIMIENTO

LOS ANTECEDENTES: EL CERCA DE POLVERA, INSURRECCIÓN GENERAL DE LOS TREINTOS, CALLES, LA GUERRA A MIERTE, REPRESIÓN Y RECONQUISTA, MORELOS, LA GUERRA EN EL SUR, ORGANIZACIÓN LEGAL DE LA INSURRECCIÓN, IMPERIO DE LA LIBERTAD

La independencia de España se había declarado ya en 1808, pero en México no se había producido un movimiento similar. La independencia de México se consumó en 1821, después de una guerra civil que duró trece años. En esta guerra civil, los mexicanos se dividieron en dos bandos: los que querían la independencia y los que querían permanecer bajo el dominio español. Los que querían la independencia se dividieron a su vez en dos grupos: los que querían la independencia absoluta y los que querían la independencia bajo la forma de una república constitucional. Los que querían la independencia absoluta se dividieron a su vez en dos grupos: los que querían la independencia absoluta y los que querían la independencia bajo la forma de una república constitucional. Los que querían la independencia bajo la forma de una república constitucional se dividieron a su vez en dos grupos: los que querían la independencia bajo la forma de una república constitucional y los que querían la independencia bajo la forma de una república constitucional.



mado, sacaban la convicción de que podían emanciparse, y de la situación de España la de que debían hacerlo.

Se conspiraba en Morelia, en Querétaro: la conspiración de Querétaro, de que era centro y alma un joven oficial, que había conocido á Iturrigaray en el cantón de Jalapa, don Ignacio Allende, se organizaba trabajosamente hasta que tomó parte en ella el cura del pueblo vitícola de Dolores, en la intendencia de Guanajuato. El cura D. Miguel Hidalgo se acercaba á los sesenta años; era hijo de un español radicado en una aldehucla de la jurisdicción de Pénjamo, había recibido cierta esmerada educación literaria y teológica, y, á pesar de que la poca corrección canónica de algunas de sus doctrinas le había merecido severas amonestaciones, después de haber sido el rector de uno de los mejores seminarios del país (San Nicolás, en Valladolid, hoy Morelia), había logrado el buen curato de Dolores; en él, sin duda, continuaba sus lecturas de libros franceses y españoles prohibidos, y meditaba. Pero no era un contemplativo, era un hombre de reflexión y de acción; pretendía, por medio del trabajo, creando y fomentando industrias (la industria vinícola, la sericícola, la alfarería), lo que era poco grato á las autoridades de la Nueva España, mejorar la situación de sus feligreses indígenas. Atento, con ardor profundo y contenido, á cuanto pasaba en España y á las consecuencias que aquí tenían estos sucesos, cuando consintió en formar parte del grupo que Allende organizaba, comenzó, desde luego, á fabricar armas. La seguridad de que los españoles, á pesar de su heroísmo, no vencerían la invasión napoleónica, la exasperación que producía la extracción constante de numerario (once millones en 1809 y 1810) para favorecer una causa perdida, el mezquino decreto de la Junta Central concediendo á cada uno de los virreinos americanos el derecho de hacerse representar en la Central por un diputado, producían una tensión indecible en los ánimos. A la primera parte de la lucha, que terminó en Bailén y en la retirada del rey intruso de Madrid, había sucedido el período de los triunfos franceses, inaugurados personalmente por Napoleón; ya no había remedio, la causa de Fernando VII era desesperada; así lo sabían los mexicanos cuando la invocaron al hacer la Independencia. La Regencia organizada en Cádiz, último y, al parecer, precario baluarte de la nación española, lanzó sobre los americanos, que ya comenzaban á sublevarse en Sud-América, una proclama en que les reconocía su pleno derecho á tomar parte en su propio gobierno, convocándolos para hacerse representar en las Cortes; decía en esa proclama, que podía servir de preámbulo y justificación á cualquier movimiento emancipador: «Desde este momento os veis elevados á la dignidad de hombres libres, españoles-americanos; no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia.» La Nueva España nombró sus diputados á Cortes, lo que puso en movimiento á todo el poder municipal é hizo concebir insólitos anhelos de autonomía y libertad.

Los antiamericanos, ó *gachupines*, como de tiempo inmemorial solían motejarlos los criollos, el comercio, es decir, el Consulado, que era el senado mercantil de la Nueva España é influa en los ministros de la Regencia por medio de sus aparceros los mercaderes de Cádiz, lograron que el arzobispo fuera removido y que la Audiencia, en que había hondas divisiones, pero que estaba animada por el espíritu antiamericano, se encargase provisionalmente del gobierno. El inquisidor Alfaro había sido el oráculo del señor Lizana;